

GONZALO IPARRAGUIRRE

El tiempo no es dinero

Descubrí el valor de
los ritmos en tu vida

PAIDÓS

GONZALO IPARRAGUIRRE

El
tiempo
no es
dinero

Descubrí el valor de
los ritmos en tu vida

PAIDÓS

DESPERTAR

Estás frente a un libro sobre el tiempo y el dinero. Si sentís que no tenés tiempo para leerlo, no te aflijas. Relajate. Lo primero que quiero decirte es que nunca tuviste tiempo. Ni lo vas a tener. El tiempo no se puede tener. Por lo tanto, tampoco lo podés perder leyendo este libro. Y si crees que perdés dinero por no estar produciendo mientras leés, no te presiones. Animate. Este libro es una oportunidad para comenzar a vincularse de un modo diferente con el valor del dinero, mientras disfrutás de experimentar el tiempo a través de la lectura.

La frase “el tiempo es dinero” reproduce un imaginario social que naturaliza que el tiempo es un recurso. Esta simple oración cristaliza una creencia que arrastramos de por vida: que el tiempo se puede tener y, por lo tanto, usar, gastar y ahorrar, como si fuera dinero. El famoso dicho en inglés *time is money* es otra de las expresiones cotidianas que promueve la confusión de creer que gestionar el dinero y el tiempo es lo mismo. Son afirmaciones del sentido común que la opinión pública reproduce a diario y que carecen de fundamentación científica.

Uno no puede *tener* tiempo, y por lo tanto, ni perderlo, ni ganarlo, ni ahorrarlo, ni comprarlo; nada de eso es físicamente

posible, porque *el tiempo no es un recurso*. Todas esas frases son simplificaciones que reducen toda acción humana a un valor económico, como si no existieran otros valores vinculados a nuestra experiencia del tiempo. Acciones como comprar y usar se aplican a bienes que literalmente se pueden consumir, como los alimentos, o a bienes que se pueden gastar, como los vehículos. Todas ocurren durante el transcurso del tiempo, se trate de instantes o de años. Pero esto no significa que requieran consumir tiempo para realizarlas. El tiempo no es un bien, ni un recurso, ni un *commodity*, ni nada que se le parezca. El tiempo no es dinero.

Desde una mirada antropológica, vamos a interpretar por qué nuestra sociedad está obsesionada con el tiempo. Nos acostamos apremiados por pretender empezar un día productivo, y nos despertamos urgidos de cumplir todo lo pautado para “descansar” sin sobresaltos. ¿Se puede perder o ganar tiempo fácticamente? Veremos, al transitar los capítulos, que el tiempo no se pierde ni se gana, solo se vive. El tiempo solo se puede experimentar. Tomen aire profundamente y al exhalar prueben decirlo: el tiempo no es dinero.

Cuando se afirma que descansar o esperar es un “tiempo muerto”, se lo asocia a momentos que dejan de tener sentido o productividad. Mientras tanto, respiramos, pensamos, metabolizamos. Nuestro cuerpo sigue vivo aun cuando pensemos que perdemos el tiempo. ¿No les resulta contradictorio pretender bienestar mientras vivimos apremiados por el tiempo? ¿Será que nuestra idea del tiempo es parte del problema, de aquello que nos produce malestar?

Remarco que escribir un libro sobre la disociación del tiempo con el dinero no implica desdeñarlo ni denostarlo.

No se trata de acumular argumentos contra el “vil metal”. Al contrario, es una forma de reposicionarlo en nuestra constelación de valores éticos. Es darle un sentido que nos vincule con su capacidad de producir sentido material a nuestras vidas, sin caer en una arritmia destructiva de nosotros y de nuestro entorno. Es también un ejercicio para revisar nuestra cosmovisión: principios, valores y horizontes de vida.

Para transitar la lectura, te propongo repensar los ritmos de tu vida en el transcurso de una jornada. El día es, en esta obra, la unidad de análisis para interpretar los momentos en detalle, de un modo quirúrgico. Veremos que el conjunto de esos ritmos de vida conforman rítmicas, que se vinculan a rituales semanales, mensuales o anuales. Reorganizar tu día atendiendo a esa sincronización permite anticipar acciones venideras y abrirse a experimentar el futuro. El contenido de los capítulos te propone repensar los ritmos y rítmicas de un día completo en tu vida. En el transcurso del día, vamos a vincularnos con tu cultura, tu economía, tu salud, tu comunicación y tu educación. No secuencialmente, sino simultáneamente. La vida es todo a la vez. Cada instante es el todo donde se juegan el día y la vida. En lírica de Luis Alberto Spinetta: “Todo dura un instante, para toda la vida”.¹

Despertar. Nada más mágico y silencioso que sentir el despertar. Cada vez que despertamos, estamos vivos, seguimos existiendo. Despertamos y podemos seguir adelante. Despertar es la acción más evidente que nos pone de frente al futuro. Ahora que ya amanecemos, que ya estamos despiertos, comencemos a transitar el libro, con la atención puesta en los ritmos

1 Luis A. Spinetta, “Al ver verás”, en *Tester de violencia*, 1988.

Gonzalo Iparraguirre

de los que nos pasa al experimentar el tiempo. Si el tiempo no es dinero, entonces, ¿por qué hablamos del tiempo y del dinero como si fueran lo mismo?

1

EL TIEMPO EN TU CULTURA

En este primer capítulo vamos a desplegar las definiciones de los conceptos centrales de toda la obra, necesarias para comprender el tiempo en tu cultura. Manejar las diferencias entre tiempo y temporalidad, y entre ritmo y rítmica es la llave para los capítulos que vendrán más adelante. Vamos a explorar, además, la relevancia de considerar que el *dinero es un lenguaje*, y que los valores que se intercambian van más allá de lo económico.

1.1 Tiempo y temporalidad

Todos hablamos o nos referimos al tiempo durante el transcurso del día. La hora, el reloj, el clima, los horarios, los calendarios, los plazos, las duraciones, las mediciones, la velocidad, la lentitud, las esperas. Estas palabras y tantas otras se asocian al tiempo como si el solo hecho de nombrar esa mágica palabra produjera sentido y alivio a la vez. Decimos “todo el tiempo” para explicitar dedicación plena, o incluso se usa la frase *espanGLISH*: “Mi dedicación a este trabajo es

full time”. También para referirnos a algo recurrente (“Estoy todo el tiempo trabajando”), marcando la insistencia de una acción por sobre otras. Usamos la palabra varias veces en el día, en ocasiones, con sentidos contradictorios, y en general desconocemos el impacto integral que el concepto tiene en nuestras vidas.

Vayamos al centro del planteo. Que exista el tiempo es la condición material para que los momentos ocurran y tengan continuidad. Esto es lo único que sabemos científicamente con respecto al tiempo: que es un fenómeno físico que posibilita que todo lo demás exista, y que para los humanos esta existencia tiene sentido en términos de pasado, presente y futuro. Cuando digo “científicamente”, me refiero a antecedentes en física, cosmología, astrofísica, biología, neurociencias, e incluyo la antropología y la filosofía del tiempo. Voy a evitar aquí la trillada discusión académica sobre qué dijeron los filósofos y científicos que se dedicaron al tema tiempo en los últimos 2.500 años. Este estudio lo hice en mi primer libro, *Antropología del tiempo*, en el cual compilé y analicé referentes del estudio literario, filosófico y científico (Iparraquirre, 2011).

El recorrido por más de doscientas obras durante veinticinco años de estudio me llevó a fundamentar la diferencia entre tiempo y temporalidad. *El tiempo es el fenómeno del devenir*. Es decir, el tiempo es aquello que da existencia y cambio a todo el cosmos, independiente de toda interpretación humana. Lo comprendemos al ver el Sol, al sentir la lluvia, al escuchar el oleaje del mar. Ahora bien, las diferentes nociones que tenemos los humanos sobre ese devenir, sobre todo aquello que cambia, es lo que defino como “temporalidades”. Es decir, las

múltiples interpretaciones que los humanos tenemos sobre el tiempo son temporalidades. Suena complejo, pero verán que no lo es. El tiempo existe sin que nosotros movamos un dedo. Nuestra temporalidad nos relaciona con la experiencia del tiempo. No necesitamos más que eso por ahora.

Las temporalidades varían con las culturas y las épocas, e incluso pueden convivir simultáneamente dentro de un mismo grupo social, como veremos en el siguiente apartado. Asimismo, es posible diferenciar temporalidades hegemónicas que se imponen a otras, a través de procesos socioculturales que persisten en la historia, como el cristianismo, el industrialismo, el capitalismo o el posmodernismo, entre otros. El cristianismo impuso, en sus múltiples cruzadas de evangelización, la temporalidad de la salvación eterna: el tiempo se experimenta vinculado a un destino que trasciende la vida presente. El industrialismo impuso la temporalidad lineal de los trenes y los relojes: el tiempo se vive mecánicamente, con fe en el progreso económico. El capitalismo impuso la temporalidad del consumismo: el tiempo se vive como una mercancía más entre los bienes que se pueden comercializar y acumular. El posmodernismo impuso la temporalidad de la inmediatez y la liquidez: el tiempo se vive como una aceleración que no tiene sustancia. Estas temporalidades fueron forjando la temporalidad hegemónica que hoy experimentamos como una superposición de nociones, sensaciones y sentidos. Se materializan en aspectos tan visibles y amables como las zonas horarias globales, la sincronización de apertura y cierre de todos los mercados bursátiles, la coordinación de los vuelos internacionales, la comunicación casi instantánea y unificada mediante Internet, entre otras.

A los fines de simplificar las definiciones para toda la obra, recuerden que tiempo es el devenir, mientras que temporalidad es la interpretación que hacemos al experimentar ese devenir, según nuestra cultura. Más sintético aún: tiempo es devenir; temporalidad es nuestra experiencia del devenir. Y si ahora los cautiva qué entender por “devenir”, piensen en el continuo cambio del ahora. El transcurrir de los momentos, el presente que se mueve, y se mueve sin cesar, como las llamas del fuego. O como bellamente lo expresó Borges en su cuento “Las ruinas circulares”: “Todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora” (Borges, 1996: 131). El devenir es la continuidad que experimentamos al sentir los ritmos de nuestro cuerpo, como el ritmo de la respiración. El sentir que todo fluye más allá de nuestro comportamiento, incluso la sensación que tenemos al despertarnos luego de haber estado durmiendo; todas estas sensaciones refieren al devenir. Es una *tensión* que sentimos en el ahora, como presencia del pasado y del futuro a la vez.²

“Temporalidad”, por lo tanto, se refiere a las interpretaciones que hacemos del devenir. Por ejemplo, cuando aludimos al clima como tiempo (“Qué feo está el tiempo, está lloviendo”), reproducimos una temporalidad que reduce el devenir a una observación climática. Cuando nos referimos a una medida espacial como tiempo (“Me faltó tiempo para ir al gimnasio”), indicamos una temporalidad que reduce el

2 Esta idea se basa en una teoría sobre el tiempo que propone pensar el devenir como el resultado de la presencia del futuro y de la presencia del pasado en simultáneo. Los detalles técnicos de este modelo, llamado STOB (Symmetric Tension of Becoming), pueden consultarse en Iparraguirre (2022a). Mis maestros filosóficos en la elaboración de este modelo son Heidegger y Husserl.

devenir a posiciones en el espacio. Esto mismo ocurre cuando se reduce el tiempo a una acción económica: al decir “Quiero tener más tiempo en mi día”, se está reduciendo el devenir al control de un recurso acumulable. En los tres ejemplos encontramos lo que en antropología llamamos “relativismo cultural”. Son variaciones en las interpretaciones sensibles al contexto cultural desde el cual hagamos la afirmación. El clima, el lugar, la economía, son aspectos de nuestra vida que, aunque parecen obvios y estables, varían según la historia, las tradiciones, las visiones, las imaginaciones. Comprender el tiempo en nuestra cultura nos abre el camino para repensar que lo obvio y estable para nosotros puede resultar problemático y patológico.

Temporalidades en el mundo

La antropología, dada su vasta experiencia etnográfica en estudiar diversas culturas en todo el mundo durante los últimos ciento cincuenta años, ha aportado múltiples evidencias sobre temporalidades locales.³ Son aquellas que no reproducen características hegemónicas y que nos permiten internalizar otros modos de interpretar el tiempo. Por solo mencionar algunos ejemplos, ya considerados para escribir *Antropología del tiempo* (Iparraguirre, 2011), destaco el uso simultáneo de diferentes calendarios en la isla de Bali (Indonesia); la danza ritual ida de los umeda (Papúa-Nueva Guinea) que codifica la edad en un sistema de colores; el ritual kula entre los trobriand (Polinesia), que instaure una posesión temporal de las

3 Temporalidades locales también se expresan como nativas u originarias.

ofrendas; la economía entre los bereberes de Cabilia (Argelia), quienes denominan al reloj como el “molino del demonio”, entre otros. Sociedades como los nuer (Sudán) no usaban los nombres de los meses para indicar la época de un acontecimiento cuando fueron estudiados por el antropólogo inglés Evans-Pritchard en 1940: “Pueden decir que un evento se produjo después o durante una estación del año, pero nadie puede decir cuantos años hace que ocurrió”.

Tuve mi primera constatación de las diferentes nociones de tiempo haciendo trabajo de campo en el monte chaqueño junto a los indígenas mocovíes. Estando allí comprendí la *convivencia de temporalidades*, al comprobar que su atención está puesta en el devenir de acontecimientos inesperados y no solo en el proceso rutinario, que supone la producción acumulativa de trabajar su tierra o como peones rurales para obtener dinero. En mi primera visita a las comunidades, en 2004, fue notoria la predisposición de los interlocutores a detener su trabajo de desmalezar un cuadro de algodón para recibirnos y atendernos. Una actitud que me transmitió un ritmo de vida espontáneo, capaz de adaptarse a un cambio en la cotidianeidad sin recurrir a postergaciones. En los ámbitos urbanos de la Argentina, latinos en general, aun cuando te atiendan, es difícil que alguien suspenda lo que estaba haciendo para recibir visitas imprevistas. En Europa, no solo es improbable que te reciban, sino que hasta puede considerarse una falta de respeto *caer sin avisar*.

El antropólogo norteamericano Edward Hall fue un pionero en estudiar las relaciones interculturales siguiendo patrones de comportamientos en el espacio, que denominó “proxémica”, y en relación al tiempo, llamado “cronémica”. Es

conocida su referencia a que el tiempo es el lenguaje silencioso y que debe aprenderse como si fuera una lengua más. Hall propuso una distinción útil entre las sociedades monocrónicas y las policrónicas. Las primeras están orientadas a realizar actividades por separado, una por vez, siguiendo un orden secuencial. Las segundas están orientadas a realizar actividades simultáneas con procesos no lineales. Esta distinción, como veremos en el último capítulo, es aplicable al estudio de los actuales modelos de “gestión del tiempo”. En una clara referencia al modelo *tiempo como dinero*, Hall decía: “El tiempo en nosotros (los norteamericanos) es manipulado como un material; lo ganamos, lo invertimos, lo salvamos, lo gastamos” (Hall, 1959: 20). Otro referente de este enfoque fue el psicólogo social Robert Levine, quien distinguió las culturas del *tiempo del reloj* y las del *tiempo de los acontecimientos*: “Una de las diferencias más significativas en el ritmo de vida es si la gente utiliza la hora del reloj para planificar el comienzo y el fin de las actividades o si permite que las actividades transcurran según su propio horario espontáneo” (Levine, 2006: 113). Destaca que, para mucha gente en el mundo, el hecho de vivir según el reloj mecánico sería tan anormal y confuso como vivir sin un horario concreto para el ciudadano occidental.

Queda claro, siguiendo todos estos ejemplos, que el modo en que experimentamos el tiempo hace a nuestra cultura. Veamos algunos ejemplos comparativos de un mismo territorio en diferentes épocas. La temporalidad del antiguo Japón no es la misma que hoy se experimenta en Tokio, en una “ciudad que no duerme”. Sin embargo, en el Japón actual también se sigue practicando el zen en templos como Ryoan-ji. Dentro

de los templos conviven la temporalidad de la práctica de meditación milenaria con las pautas horarias que definen las rutinas precisas en el transcurso de cada día.⁴ También con la programación de las actividades externas al monasterio, asociadas a características de la temporalidad lineal y cristiana, como la esperanza, el mejoramiento, la acumulación y el crecimiento (Hejazi, 2014). En el Imperio romano del siglo I, la instauración de un calendario único determinado por el emperador Julio César fue el resultado de imponer una única temporalidad para administrar los vastos territorios conquistados. Hoy, sobre gran parte del territorio europeo que ocupaba dicho Imperio, se discuten políticas del tiempo que promuevan nuevas zonas horarias, acordes al uso de la luz natural, y no a las rítmicas laborales fabriles de principios del siglo XX. Si pensamos en el actual territorio argentino, las temporalidades indígenas y criollas que tenía la Argentina en 1816, en el momento de su independencia de la Corona española, no eran completamente diferentes a las que tenemos hoy. A la convivencia entre la rítmica del gaucho y del “indio”, se sumaba la temporalidad del inmigrante europeo. En plena Revolución Industrial, este reproducía e imponía las dinámicas económicas de la acumulación de bienes, la apropiación de tierras y el financiamiento de las conquistas militares del “desierto”, que indígenas y criollos se disputaban a cuchillo. El historiador Felipe Pigna explica que, en 1816, a los comerciantes de la naciente nación no les importaba mucho la calidad de vida de los sectores populares. Trataban de pagar

4 Un amigo de la infancia actualmente es monje zen en un templo en Italia. Su rutina de meditación comienza todos los días a las 5 de la madrugada.

los salarios más bajos posibles para abaratar los costos de las mercaderías: “Total, los gauchos no eran los clientes, sino los compradores del otro lado del Atlántico” (Pigna, 2004: 385). Hoy la Argentina tiene aún esta configuración colonial, no solo en la gestión espacial de sus territorios bajo el esquema centro-interior, sino también en su gestión nación-centrista de la diversidad de temporalidades que existen en los pueblos, los parajes, y en todos los rincones de una Argentina rural⁵ que tiene sus múltiples culturas, y que no se agotan en etiquetas como porteños, paisanos, cuyanos, nortehños, patagónicos, litoraleños, pampeanos y demás.

La supuesta homogeneidad cultural que naturaliza que toda la humanidad tiene hoy la misma noción del “tiempo capitalista”, configurada por las zonas horarias globalizadas, y por los instrumentos oficiales de mensura (relojes y calendarios), está repleta de modelos de desarrollo contrapuestos. Solo hace falta recorrer las periferias de las grandes ciudades o los patios traseros de las concentraciones de riquezas para visualizar la resistencia y las consecuencias de los modelos hegemónicos. Viviendas precarias en entornos de hacinamiento, ausencia de obras para acceder a agua potable y a servicios sanitarios, calles y rutas intransitables, ausencia de transporte público, entre tantas otras limitaciones. Incluso las grandes urbes europeas ya evidencian esta saturación de modelos desiguales, como lo he podido ver en los aeropuertos y en las estaciones de trenes, en ciudades como Berlín, Milán, Londres, París y Barcelona. Si la temporalidad detrás del capitalismo

5 La obra de Marcelo Sili es clave para conocer la complejidad territorial de nuestra Argentina rural, en particular su último libro (Sili, 2021).

fuera unívoca, solo tendríamos un único sistema de desarrollo que unificaría los modelos de China, de Arabia, los escandinavos, los de Europa y los latinoamericanos, por solo mencionar algunos. Los modelos de desarrollo son, precisamente, una manifestación simbólico-material, de una o diversas temporalidades.⁶ Lejos estamos de tamaña “república intergaláctica”. De hecho, lo que nos atrae de series y películas como *Star wars* es la diversidad de seres zoo-androides humanizados que conviven bajo un mismo sistema de gobierno, donde solo les queda tener su propia lengua para diferenciarse. El lenguaje común es la guerra, las armas, las naves, las conquistas. Digamos que en el fondo son humanos; demasiado humanos, parafraseando a Nietzsche.

Teniendo en cuenta la distinción entre tiempo y temporalidad, ¿puede decirse que la temporalidad es dinero? Claro que no. La temporalidad tampoco es dinero. El modelo *tiempo es dinero* se sostiene en una temporalidad específica, cuyas características son: lineal, divisible y acumulativa. Como iremos desplegando en el libro, es el resultado de naturalizar que el fenómeno y nuestra interpretación sean lo mismo. Este reduccionismo conlleva el racionalizar, subdividir y mensurar el tiempo como si fuera un recurso físico. Al suponer que la interpretación del devenir es para todas las personas igual, se naturaliza que haya un único modo de pensar el tiempo. Se reproduce, entonces, una temporalidad que asocia el devenir a un proceso lineal unívoco, que se mide con un reloj.

6 El desarrollo como temporalidad, concepto vertebral de mi segundo libro *Imaginarios del desarrollo*, propone visualizar la relación directa entre modelos de producción, organización social y nociones de tiempo y espacio (Iparraguirre, 2017).

Ante esta simplificación, es posible confrontar la coexistencia y convivencia de temporalidades diversas. Nos puede pasar en situaciones que clasificamos como raras, y se hace evidente cuando convivimos con otras culturas o viajamos a otros países. “Ahorita vengo” pueden ser horas de espera; “es un rato nomás, llegás enseguida” resultan ser kilómetros a pie. Nos damos cuenta de que es posible convivir con diferentes nociones de tiempo, las vamos naturalizando y las consideramos habituales. En palabras de Hall: “Para funcionar efectivamente en el extranjero, es tan necesario aprender el lenguaje del tiempo, como aprender la lengua que se habla” (Hall, 1983: 3).

La importancia de comprender la diversidad cultural en términos de temporalidad reside en la posibilidad de desnaturalizar la temporalidad propia como la única posible. Múltiples grupos indígenas, así como tantas otras colectividades, que mantienen hoy sus lenguas y cosmovisiones en todo el mundo, son la constatación de que la temporalidad hegemónica no es la única forma de concebir el tiempo. La identidad de la cultura capitalista tiene hoy, en el centro de su temporalidad, el mandato de que el tiempo debe ser equivalente al dinero. Para desnaturalizar este mandato y abrirnos a otras interpretaciones necesitamos herramientas analíticas de precisión. Para tratar un “problema cultural” —como suele simplificar la opinión pública a los grandes temas que no se sabe bien cómo abordar—, la antropología cuenta con instrumentos quirúrgicos aptos para “operar” la cultura, para intervenirla, e incluso para sanarla. La analogía con la medicina me resulta inevitable cada vez que explico, al dictar clases, que cuando alguien dice “No hay nada que hacer, el problema de este país es cultural”, significa para

nosotros, los antropólogos, el comienzo de una discusión y no su cierre. Es como si escucháramos a un profesional de la salud decir que el problema del paciente es médico, sin especificar si es traumatológico, fisiológico, psicológico, oncológico o neurológico. La antropología es precisamente la disciplina científica que cuenta con múltiples herramientas para diagnosticar e intervenir en la cultura, en todo aquello que se denomina un “problema cultural”. Pasamos entonces a desplegar estas dos herramientas indispensables para comprender las relaciones personales y sociales entre tiempo y dinero: los ritmos y las rítmicas.